

cian: « Qué hombre ! y qué energía de carácter ! » En fin, despues de tres penosas horas, se condujo al mismo al patio; pero desde este primer momento, se le separó de sus hermanos, y se le puso aparte en un pequeño vestíbulo de la capilla, frente á los recibidores.

Es casi supérfluo añadir que el saqueo de la casa empezó casi inmediatamente, acelerado y completado al otro dia y los siguientes por bandadas de mugeres y de niños. Por una felicidad completamente providencial, la biblioteca y el gabinete de física fueron, los únicos, proximately respetados.

A las cinco de la mañana la corneta toca llamada; esta es la señal del desfile y de la marcha para la Prefectura de policía. Los prisioneros fueron colocados entre dos filas de guardias nacionales, el P. Rector á la cabeza, á pequeña distancia de todos los demás, detrás de él seguian los PP. Fernando Billot, Emilio Chauveau, Alejo Clerc, Anatolio de Bengy, Juan Bellanger, Teodoro de Régnon y Juan Tanguy, los hermanos Benito Darras, Gabriel Dédébat, Renato Piton, Pedro Le Falhier y siete criados.

Cerca del puente de san Miguel, hácia la entrada de la Cité, el P. Ducoudray se volvió y con aire radiante dijo al padre Chauveau que se encontraba mas cerca de él: « Pues bien! *Ibant gaudentes* (1) no es verdad? »— « Qué os ha dicho? » preguntan á este último los guardias inquietos. El les repite la frase sospechosa. Sabe Dios lo que podian comprender de ella!

Llegando á la Prefectura de policía, las cornetas resuenan por los aires para anunciar el feliz resultado de la expedicion y la rica captura que se ha hecho. Los prisioneros tienen que atravesar

(1) *Ibant gaudentes quoniam digni habiti sunt pro nomine Jesu contumeliam pati.* Act. v. 41. Iban gozosos de haber sido juzgados dignos de ser ultrajados por el nombre de JESUCRISTO.

grupos numerosos de guardias nacionales, en medio de las risotadas y de la gritería general. A su entrada, un gefe de batallón, llamado Garreau, jóven todavía y de semblante bastante dulce, los acoge con estas palabras que no lo eran nada: « Por qué me conducís á estos canallas? Por qué no los habeis fusilado en el momento? »

— Despacito! contestó un guardia nacional, es preciso proceder con calma, de otro modo vos podriais serlo primero que los demás.»

Entran entonces en el gabinete de este mismo gefe de batallón, el cual, revolver en mano, pidió primero al Director.

El P. Ducoudray se adelanta y contesta: « Hème aqui.»

« — Teneis armas en vuestra casa, lo sé.

« — No, señor.

« — Lo sé de buena tinta.

« — Si las hay, es contra mi conocimiento.

« — Teneis una voluntad de hierro. Irémos á verlo juntos, y si no las encontramos, no volveréis aqui. Por lo demás habeis cometido muchos crímenes... »

Aquí empezó toda una enumeracion de maldades: envenenamiento de enfermos y heridos en la ambulancia, perversion de la juventud, complicidad con el *infame* gobierno de Versalles.— El P. Ducoudray se acordó que Jesus se callaba, cuando era acusado, *Jesus autem tacebat*, y como su adorado Maestro, verdadero discípulo, permaneció silencioso é impasible.

Entonces el ciudadano Garreau, pasando de pronto de la violencia á la ironía, se dirige á sus satélites: « Estos señores se daban buena vida, mientras que nosotros nos moriamos de hambre! Hoy los papeles se han trocado. Y desde luego, estos

caballeros deben estar fatigados, hemos perturbado su sueño; vais á darles colchones de muelles.»

— «Sí, sí, rellenos de huesos de melocoton», exclamó un guardia nacional, sin duda para hacer coro á su jefe.

«En cuanto á vos, añadió este último dirigiéndose al padre Ducoudray, voy á poner os fuertes notas en el registro carcelario.

Queda formada la lista de prisioneros. Llegada la vez al P. de Bengy: «¡Anatolio de Bengy! exclama el noble Garreau, está bien, hé aquí un nombre á propósito para haceros cortar la cabeza.» — «Oh! confío, contestó el padre, sin conmoverse, que no me la haréis cortar á causa de mi nombre.

«— Y cuál es vuestra edad?

«— Cuarenta y siete años.

«— Ya habeis vivido bastante!»

Sin mas formalidades, los acusados son conducidos con buena escolta por el ciudadano Garreau. El P. Rector es encerrado solo é incomunicado en una celda de la Conserjería. Todos los demás son conducidos á la cárcel del depósito en una sala comunmente destinada hasta entonces á las mujeres perdidas que la policía recoje durante la noche sobre los arroyos de la capital. Habia allí unos treinta detenidos y cada día veia aumentarse el número.

Tendremos que volver muy pronto á la Conserjería, pero á fin de seguir el orden de los tiempos y de los hechos, volvamos á pasar un instante por la calle Lhomond, y por la noche del mismo dia nos detendremos un poco mas en la calle de Sèvres.

Tres de los nuestros habian quedado todavía en la casa de Santa-Genoveva.

En medio del horrible tumulto de la noche anterior, como cada cual seguia su propio consejo, el P. Elesban de Guilhermy, tuvo la felicísima inspiracion de bajar al jardin. Allí, en medio de un plantío de arbustos de escaso follaje todavía y completamente trasparente, ya en pié, ya sentado ó recostado, se contenta con aguardar durante largas horas y estar dispuesto á todo. Los hombres armados van y vienen en todos sentidos pasan y vuelven á pasar junto á él, y nadie le vé. Llegada por fin la claridad completa, habiendo el corneta tocado llamada, el padre sale tranquilamente de su madriguera nocturna y se va recto al cuarto del hermano coadjutor, Jorge Merlin, desde hácia mucho tiempo gravemente enfermo y completamente sepultado en el lecho. Se instala á su cabecera llenando las funciones de enfermero, y mas tarde se le reune el hermano Juan Bautista Margerie, enfermero de la escuela, que ha encontrado tambien el medio de escapar á las pesquisas de la noche. Pero, por una excepcion bastante estraña, el hecho consumado fué como un derecho adquirido, los tres últimos huéspedes de la casa fueron sin duda declarados en estado de arresto y guardados de vista en adelante; sin embargo el cuarto de un enfermo pudo parecerles durante dos meses una prision comparativamente mitigada.

La jornada del 4 de abril iba á terminarse en la calle de Sèvres. Esta escena nocturna, menos ruidosa que la de la mañana, debia tambien ser fatal en sus consecuencias. El P. Olivaint no dejaba de estar bien advertido del golpe que le amenazaba, pero Dios sin duda le inspiró el pensamiento de aguardar; esperó á pié firme. Muchas veces habian ido á avisarle oficiosamente, y hasta, segun se asegura, de parte de un miembro

de la Commune, de todo lo que se preparaba para la noche. Poco antes de mediodía, á una persona amiga que le suplicaba que se alejara, se contentó con responder: «Qué quereis? Soy como el capitan de un buque, que debe quedarse el último á bordo. He puesto ya en seguridad á todos los míos; solo el padre Lefebvre no quiere abandonarme y algunos hermanos guardan con nosotros la casa. Despues de todo, si somos cogidos hoy, no tendré mas que un solo pesar, es que sea el mártes y no el viérnes santo.»

La misma persona volvió á la carga hácia las seis de la tarde, todavía mas alarmada y mas solícita que por la mañana; segun informes que parecian demasiado ciertos, la temible visita debia tener lugar entre las siete y las ocho. — «Vamos! Por qué os inquietais, hijo mio? le contestó por última vez el Padre Olivaint; el mejor acto de caridad que podemos hacer, no es acaso dar nuestra vida por el amor de JESUCRISTO?» Sin embargo, como se le fué anunciar que en aquel mismo instante se hacia la visita en la casa de los Lazaristas, envió uno de los hermanos para asegurarse de ello. El hecho era cierto. En cuanto á él se puso tranquilamente á rezar su breviario en el corredor de la planta baja, frente á la puerta de entrada. Acertando á pasar un amigo: «Aguardo,» le dijo todavía, estrechándole la mano.

En fin, á la hora ordinaria de la colacion de cuaresma, á las siete y cuarto, dirígenese al refetorio, cuando de pronto llega el hermano portero: el delegado de la Commune estaba allí, á la cabeza de una compañía de guardias nacionales. La consigna dada al portero era retenerlos en el vestíbulo ó en los recibidores hasta que el mismo Superior llegase, y el Hermano Francisco

Gauthier supo observarla bien, á pesar de la impaciencia y de las amenazas de los visitantes. Habia algo mucho mas importante y que corria mas prisa que ir á hacer los honores á los embajadores armados de la Commune, era el salvar el único tesoro de la casa, Nuestro Señor y Dueño, JESUS. Previendo lo que iba á llegar, se habia tenido cuidado por la mañana de consumir todas las santas formas, reservando dos solamente. Se podia pasar todo un dia sin la presencia real? Los dos Padres se lanzan hácia su cuarto; cada uno de ellos tenia su viático completamente preparado. El P. Lefebvre volvió el primero, seguido muy pronto por el P. Olivaint. El ciudadano Goupil, despues de haber hecho sonar bien alto su nombre y su título de enviado oficial de la Commune, notifica el objeto de su mision, que es buscar las armas y otros objetos ocultados todavía por los Jesuitas; y casi al momento, alegando graves y urgentes negocios, se hace sustituir por un ciudadano Lagrange que debia reemplazarle dignamente. En efecto, para tener una justa idea del orgullo impío y de la grosera insolencia de estos funcionarios de la Commune, es preciso haberlos visto y oido. El ciudadano Lagrange ordena así su expedicion: unos cincuenta guardias nacionales vigilarán todas las salidas; el resto en número próximamente igual, formarán escolta durante la inspeccion y dos centinelas deberán permanecer á la puerta de las salas á medida que habrán sido visitadas. El P. Olivaint, por su parte, dispuso su pequeño personal. Los hermanos Pedro Bouillé y Carlos Jaouën acompañarán á los guardias nacionales que ocupaban la entrada y los alrededores de la casa. Mientras se procedia á las pesquisas, marchaban al frente de los visitantes el hermano Francisco Gauthier, cargado con un manajo de llaves, y el her-

mano Francisco Guégan, sacristan, llevando una antorcha. Este último había propuesto el encender todos los mecheros de gas, pero por toda respuesta, se le amenazó con fusilarle, bajo pretesto que trataba de evadirse, ó bien ocultar algún objeto precioso á las investigaciones de la Commune. El registro á fondo duró mas de tres horas; á la verdad, pareció no divertir mas que medianamente á los que lo hacian; por lo mismo que no reportaba ni aun lo que costaba; sin duda tenia todavía menos encantos para aquellos que lo sufrían. El ciudadano Lagrange y su segundo, que tenia todas las trazas de un trasfuga de seminario, hablaban mucho, tan pronto con violencia, tan pronto con ironía; el P. Olivaint permanecía calmado en sus respuestas y se mostraba lleno de reserva.

Pero vino en fin el instante crítico. En el cuarto del P. procurador, se ha descubierto la caja de la casa. A su vista: «Abrid pronto, gritan, en dónde está la llave?» — «No la tengo ni se encuentra aquí, contesta el P. Olivaint. El P. procurador ausente la ha cogido y llevado consigo.» — Se encolerizan entonces y se desenfrenan. A toda costa es necesario dinero; se obliga pues al hermano Guégan á ir, escoltado por tres guardias nacionales arma al brazo, á buscar al P. Procurador á su retiro y conducirlo muerto ó vivo. El P. Caubert llega en efecto, abre la caja, estaba vacía. En vano se esfuerza este en esplicar y motivar el hecho: desde el principio del sitio de París, había supresion de entradas y aumento de gastos: el sostenimiento absolutamente gratuito de una numerosa ambulancia había agotado todos los últimos recursos, y desde hacia mucho tiempo no se vivía mas que de prestado. No importa, el ciudadano Lagrange no atiende á nada: Somos robados, es-

clama; pues bien! en nombre de la Commune, el Superior y el administrador son mis prisioneros; marchemos á la Prefectura de policía.» El P. Lefebvre pide suplicando una gracia, la de ser conducido con sus hermanos: «No, no, se le contesta, permaneced aquí y guardad esta casa en nombre de la Commune....» En el hecho, la sentencia del ciudadano Lagrange ha venido á ser profética, y la casa guardada por el P. Lefebvre se ha salvado con él.

Eran cerca de las once y media de la noche cuando los dos prisioneros partieron para no volver. En vano se había buscado un carruaje para el largo trayecto.

En la calle, una multitud bastante numerosa aguardaba en la puerta: El P. Olivaint no pareció observar al pasar mas que un solo grupo de rostros amigos y compasivos; saludó sonriendo, como si dijera: *No lloreis por mí!*

El ciudadano Lagrange, con su compañía, se fué al barrio de la plaza Vendôme, tan fiero con sus proezas de la noche como si hubiese batido á los versalleses. Un piquete solamente de hombres armados condujo los prisioneros á la Prefectura de policía, y allí, en lugar de ser reunidos con los demás en la sala comun del depósito, fueron inmediatamente incomunicados en las celdas de la Conserjería.

El P. Lefebvre me hizo llegar este billete á Versalles: «Los PP. Olivaint y Caubert, presos. No se me ha querido absolutamente, y quedo solo en casa con el hermano Bouillé, á Dios gracias, sin miedo. Los demás están dispersos y vienen de vez en cuando á verme. Coloco el Santo Sacramento en la tribuna, junto á mi cuarto, y cuando vengan, sumiré las sagradas hostias. La iglesia se cerrará, se prende á los curas; Monseñor

está tambien en la Prefectura de policia; son rehenes, segun me han dicho. Rogad, rogad por mí, Padre mio; oh! cuan feliz seria en dar la vida por nuestro Señor.»

No: la Commune habia designado ya sus víctimas; ó mejor, mucho antes que ella, Dios mismo habia escogido sus mártires.

## LA CONSERJERÍA.



En adelante va á circunscribirse necesariamente nuestra narracion. Hasta aquí hemos debido seguir las diversas escenas y pasar de una casa á otra; ahora no tendremos por teatro mas que una cárcel y un calabozo.

Nos ha sido tambien preciso juntar á los nombres de las víctimas los de algunos de sus hermanos, porque su suerte se hallaba confundida todavía. Pero la eleccion está hecha, la separacion consumada y no tenemos mas que sostenernos en el cuadro trazado por la Commune.

La Conserjería fué pues la primera estacion en la via dolorosa. El P. Ducoudray lo habia de antemano todo previsto y aceptado. El principe R. de Broglie nos escribia el 4 de junio: «En mi vida, olvidaré la visita que le hice el 19 de marzo, su benévola acogida y su paternal interés por mi sobrino. En esta entrevista, el Reverendo Padre me pronosticó todo lo que ha sucedido: «antes de poco, me dijo, serán cerradas nuestras iglesias, devastadas nuestras casas, arrestadas nuestras personas, y Dios sabe quien volverá á encontrar su libertad. Los actos que van á producirse tendrán un carácter particular de odio contra Dios, y lo que es bien triste de decir por un sacerdote, no hay otro argumento con los desgraciados que son dueños de París, mas que el cañon: he ahí siete meses que vivo en medio